La romanización

De los antiguos pobladores había dicho Estrabón: “No falta mucho para que todos se hagan romanos”. En sus tiempos ya era plenamente romana la Bética. Pero “la desaparición de las primitivas lenguas peninsulares – dice Rafael Lapesa – no fue repentina; hubo, sin duda, un período de bilingüismo más o menos largo, según los lugares y estratos sociales. Los españoles empezarían a servirse del latín en sus relaciones con los romanos; poco a poco, las hablas indígenas se irían refugiando en la conversación familiar, y al fin llegó la latinización completa”, salvo en la tierra de los váscones. Pero en ese período de bilingüismo hubo evidentemente, sobre todo en las zonas alejadas de las ciudades, muchos hispanos que solo hablaban su antigua lengua; y, por otra parte, muchos de los que ya hablaban latín no habían podido borrar de su pronunciación la huella de los idiomas indígenas, fenómeno observado varias veces, no sin desdén, por Cicerón y otros escritores romanos. El latín he Hispania estuvo marcado, desde el principio, por esa influencia de las lenguas prerromanas que los lingüistas, noc una metafora geológica, llaman sustrato. Sin embargo, cuando la latinización fue completa, cualquier hispano de Coimbra, de Córdoba o de Tarragona podía recorrer todo el imperio y hacerse entender dondequiera, sin más tropiezos que los que puede tener hoy un mexicano en Venezuela y un chileno en España.

Antonio Alatorre (1995): *Los 1.001 años de la lengua española*